

**PALABRAS DE CLAUSURA
POR LA RECTORA DE LA UNIVERSIDAD
Prof. MARIA M. TERREN**

Señores Presidentes, Rvdo. Padre Ismael Quiles S.J., Director del ILICOO, y Profesor Teiiti Suzuki, Secretario Ejecutivo del CO-CIESORAL; Profesores y amigos:

Esta Universidad del Salvador, que es la Universidad de Jesucristo, con el Apóstol San Pablo hoy puede decir: "Alegraos en el Señor". Un grupo de hombres y mujeres arragiados en distintas geografías e historias, nos hemos reunido en un acto de buena voluntad para promover el Diálogo de las Culturas. Creo que el Corazón de Jesucristo participa en nuestra alegría. El ha redimido a todos los hombres y los hombres al abrazar su Fe creen en la hermandad de todos los hombres.

Como cristiana y habiéndome dedicado al estudio de la Historia, me inquietó siempre el misterio de las diferencias de lenguas y de razas que establecen barreras entre los hombres. De esta inquietud puramente humana, me liberó la certidumbre de nuestra hermandad en Cristo.

Hace apenas un momento uno de nuestros amigos se planteó el problema de cómo empezar, a fin de que nuestra voluntad de amor y comprensión produzca obras. Me atrevo a decir que quizá el primer paso para la ejecución de ese programa consista en que cada uno conozca y acepte su única e irrepetible identidad. Romano Guardini en un libro ejemplar, *La Aceptación de Sí Mismo*, lo enseña con lucidez: si yo me acepto a mí mismo y en mi propia relación con Dios acepto a mi hermano, porque él tiene valor y dignidad co-

mo yo¹. Si no nos aceptamos, no amamos; porque el amor no existe en el error. La verdad y el respeto hacen la trama del amor a sí mismo y de los demás.

Me siento obligada a agregar que para llegar a un Diálogo de las Culturas es indispensable haber pasado por la experiencia de un diálogo intracultural; haber roto los artificiosos distanciamientos entre los distintos estados o etapas de la diferenciación que Dios ha querido dentro de una misma cultura; la de los sexos, la de las edades, la de los dones con que cada alma se haya asomado al mundo. Si no nos sentimos miembros de un único cuerpo —y es imperioso recordar nuevamente a San Pablo— nos extraviaremos al no hallar que la complementación en la alteridad es el itinerario que lleva a la alegría de experimentarse uno con los demás.

Quiero recordar a una mujer que sintió con pasión su patria y su cultura y por ello buscó comprender la patria y la cultura de sus amigos de otros países. Hablo de Victoria Ocampo. Su casa, en la que nos reunimos hoy, testimonia la extensión de este amor. Podría ser una villa romana, con sus columnas corintias, pero en sus jardines, en el lujo de los verdes que la rodean conviven los árboles autóctonos con los de otros continentes². Bien arraigada en su tierra argentina, sintió amor a lo universal; dio hospitalidad a pensadores y artistas nuestros, y tuvo además invitados ilustres de Oriente y Occidente. Donó finalmente Villa Ocampo a la UNESCO, para que aún después de cumplido su paso por el mundo sirviera de albergue para estudiosos de la ciencia, la cultura y la educación³.

¹ En la raíz de todo está el acto por el cual me acepto a mí mismo. Debo estar de acuerdo con ser el que soy. De acuerdo con tener las propiedades que tengo. De acuerdo con estar en los límites que se me han trazado (. . .) Todo esto significa que no me puedo explicar a mí mismo, ni demostrarme, sino que tengo que aceptarme. Y la claridad y valentía de esa aceptación constituye el fundamento de toda existencia. Esa exigencia no la puedo cumplir por caminos meramente éticos. Sólo puedo hacerlo desde algo más alto, y con esto estamos en la fe. Romano Guardini, *LA ACEPTACION DE SI MISMO*, ps. 23 y 25, Ediciones Cristiandad, 4a. ed., Madrid, 1977.

² La casa que yo he heredado (. . .) Es decir una casa amplia y confortable para el veraneo, pero sin ninguna pretensión de belleza fuera del lujo del espacio y el verdor de la arboleda. Victoria Ocampo, *DIALOGO DE LAS CULTURAS*, Sur 342, p. 18.

³ Les doy la bienvenida a todos, con gran alegría, porque esto que pasa hoy alrededor de esta mesa ha sido el sueño de mi vida. (. . .) Esto de la UNESCO es para mí el resultado de todos los deseos que yo sentí de atraer aquí a escrito-

Agradezco a Dios que el Padre Quiles, que desde hace veinticinco años lucha por este encuentro entre los hombres, como parte de su misión de cristiano y sacerdote, hoy pueda estar contento. Ha llevado a buen desenlace un combate en el que siempre no fue bien comprendido⁴. Hoy esta incomprensión no puede dejar de sorprenderme; lo digo porque no fue fácil entenderlo. Pesaba entonces sobre mi corazón de mujer, pesaba demasiado —¿por qué no decirlo?— mi preocupación por el diálogo intracultural, como primer paso para el diálogo intercultural.

Aceptémonos en nuestra verdad. Respetemos a nuestros hermanos en su peculiar dignidad como personas. Sumerjámonos en el misterio que es la vida de cada hombre y la vida histórica. . . La vida del Cosmos. . . En esta aldea cósmica con el propósito de encontrarnos en el principio y en el fin. Aunque los caminos de Dios, sean en cada caso diferentes.

Villa Ocampo, 9 de diciembre de 1982.

res, artistas, para darlos a conocer; y para que nos conocieran a nosotros, para que hubiera un intercambio. Escritores de cualquier parte del mundo. Victoria Ocampo, *DIALOGO DE LAS CULTURAS*, Sur 342, Enero/Junio 1978, p. 17.

⁴ Veo una analogía muy profunda entre el diálogo de las culturas —que podríamos llamar diálogo intercultural— y el diálogo interpersonal. Fundado en esta analogía surge, en primer lugar, que las diversas culturas tienen todas una unidad de origen, del que no pueden despojarse. Esa unidad de origen es la esencia humana misma. Todas las culturas son expresiones de la realidad lograda por un grupo humano. Cada grupo y cada uno de los integrantes de esos grupos tiene la experiencia humana fundamental, que es básicamente la misma en todos los hombres. Por muy diversa que sea la cultura en Japón o Estados Unidos o en España, en cada caso no se trata sino de expresiones de una misma esencia humana. Por lo tanto en primer lugar, hay unidad de origen. Ismael Quiles S.J., *DIALOGO DE LAS CULTURAS*, Sur 342, Enero/Junio 1978, p. 25.